

Don Quijote

A Doña Juana Ramírez, mi maestra.

Una vez oí decir a alguien que pasaba con el *Quijote* como con una laguna tranquila, que si te quedabas en la orilla no la disfrutabas del todo y si te metías dentro corrías el peligro de ahogarte.

Eso es lo que yo sentí cuando me planteé cómo hacía yo para que mis chicos de 3º de la ESO se acercaran por primera vez al *Quijote* sin miedo, que no se me asustaran, que no salieran corriendo o peor aún, que ni siquiera abrieran el libro. Y más este año, el año del Centenario, que sí, que están muy bien todos estos actos que se han programado para el año del *Quijote*, pero que puede ser un arma de doble filo: que haya tanto y se hable tanto del *Quijote* que acabe por saturar, por empachar, por echar para atrás. Y me propuse no sólo lo primero, es decir, que mis chicos abrieran y leyeran con placer el libro, sino que además lo que diéramos en la clase les sirviera para captar y entender todo lo que se dijera en los medios de comunicación sobre el *Quijote* sin que dijeran “¡buaah!, otra vez, menudo rollo”, sino que antes al contrario, lo escucharan con interés y pudieran participar y decir; “sí, mira, esto lo hemos dado en clase, lo he leído en tal capítulo y ahora pasa esto y luego lo otro...” porque lo hubieran comprendido, se hubieran divertido y lo hubieran disfrutado. Y ya puestos a pedir, el colmo de lo imposible: que incluso recomendaran a alguien que lo leyera porque no estaba nada mal. Porque en definitiva el *Quijote* es un libro divertido, para eso se escribió, para divertir y entretener a la gente, aparte de otras muchas cosas.



A todo esto debía unir algo que en principio fue un inconveniente: mi profunda admiración por Cervantes y mi debilidad por el *Quijote*. Desde niña ese libro fue el único que me acompañó durante muchos años. Alguien muy especial para mí me lo regaló cuando apenas tenía diez años y me hizo sentir por primera vez que yo era una persona en todo el sentido de la palabra: un ser humano independiente, único, especial y por eso mismo igual a todos los demás. Al principio lo leía casi sin entenderlo y luego, leyéndolo a veces a escondidas, a trozos, me divertía o me aburría a ratos porque aún no entendía bien lo que allí había y nadie me había mostrado el camino,

pero siempre me enseñaba algo, invitándome a aprender y a conocer más y más a medida que yo crecía y lo leía: enseñándome a vivir. Y cuando años después conseguí leerlo entero fue como si todas las piezas de un puzzle inmenso hubieran encajado: ese era un libro maravilloso que contenía toda la sabiduría posible, presentada con la fluidez y la sencillez de la naturalidad, la más ele-



Sergio Parra

gante de todas. Después de tantos años, sigue en mi cabecera, lo leo a ratos, por capítulos, a veces al azar o por líneas subrayadas, por notas al margen que sólo significan algo para mí. Ahora sé que ese libro ha condicionado mi vida personal y profesional de un modo u otro, siempre para bien, no me cabe la menor duda. Así que... ¿Cómo presentar a mis alumnos esa joya sin desvirtuarla? ¿Cómo transmitir el entusiasmo que me

produce seguir leyéndolo y descubriéndolo y aprendiendo más y más cada vez en cada lectura?

Con todas estas cosas en la cabeza, decidí dejarme llevar por mi intuición personal más que por mi formación académica y hacer lo que se me ocurriera, lo que saliera, con la casi certeza de que tanto el mismo libro como mis propios alumnos me iban a marcar el camino. Ya he comprobado que en el aula jamás se da dos veces la misma clase. Y de la misma manera que Heráclito no se bañaba nunca en el mismo río ni uno lee dos veces el mismo libro, así nunca se explica igual el *Quijote*, ni la Generación del 27, ni siquiera el sintagma nominal. Cada curso, cada clase, te dice cómo hacerlo en cada momento, sólo hay que pararse a escuchar y seguir el camino que te indiquen: siempre sale bien.

Y llegó el día. Entré en clase el primer día que empezaba la segunda evaluación, y dije que la lectura obligatoria iba a ser uno de los libros más maravillosos que se habían escrito nunca. Ese libro era *Don Quijote de la Mancha*.

Mis alumnos me habían escuchado en silencio, con toda la atención y el interés que siempre nos gustaría tener en el aula. Pero justo cuando oyeron el título del libro hubo una especie de suspiro de decepción, un “*buahhhhhh*” inmenso que me llegó al alma y me sirvió de acicate para superar el reto. Tuve que calmarles y decirles que no se asustaran: no lo íbamos a leer entero, sólo los capítulos más interesantes, los más amenos, los que más nos hicieran disfrutar. Les mandé

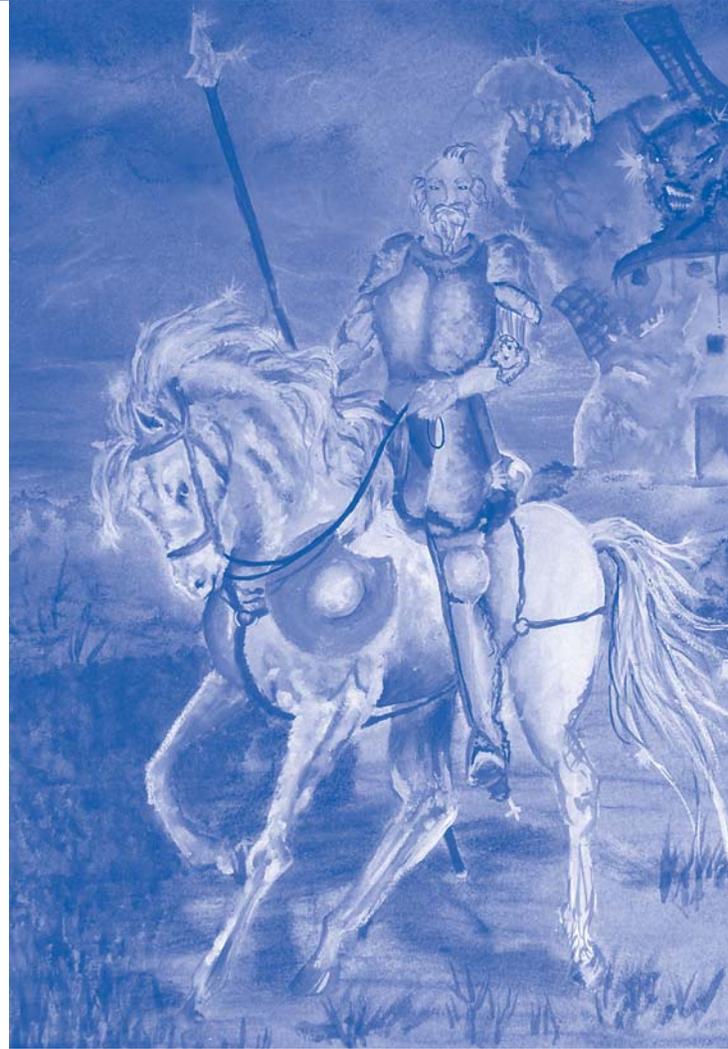
Julia Morillo Morales

en el aula

comprar el libro en la edición que quisieran, siempre y cuando no fuera una versión adaptada (para niños o adolescentes) ni una selección de capítulos: la selección la íbamos a hacer nosotros mismos. Y además, aprovechando que estamos en el año del IV centenario, seguro que iban a encontrar ediciones baratísimas e incluso regaladas con algunos suplementos de algún periódico.

Sé la dificultad que entraña leer el *Quijote* tal cual, sin adaptar, pero no quería que se perdieran la magia de la expresión, desfasada para nosotros, pero tan llena de sencillez, la fluidez verbal de Cervantes, la ironía o la risa implícita de algunos pasajes. Y sé que la dificultad es mayor para ellos, poco acostumbrados la mayoría a ni siquiera abrir un libro. Pero también sé que ante un reto, si se les da los medios adecuados, son capaces todo. Les dije, eso sí, que ni siquiera se les ocurriera abrirlo, que lo compararan y lo tuvieran para el día que empezáramos a leerlo todos juntos en clase. Les advertí que si lo abrían y empezaban a leerlo así, sin más, se iban a encontrar con una barrera infranqueable, una predisposición en contra que les iba a impedir seguir adelante. En los días siguientes algunos me confirmaron que ya se lo habían comprado, otros incluso no habían resistido la tentación, lo habían empezado y se habían encontrado con introducciones sesudas que les confundieron o con “unas poesías muy raras”, que ellos no identificaban con el principio del *Quijote*. Así que hojeando habían buscado esa frase famosa de “En un lugar de la Mancha...” y habían leído un poco, pero poco, porque la verdad, parecía un rollo.

Todos sin excepción tenían metida en la cabeza la idea de que el *Quijote* es un tocho enorme, un rollazo impresionante que sólo debían leerlo esos señores serios que salen en la tele en aburridísimos programas culturales de la 2. Lo primero que les pedí fue que se quitaran esa idea de la cabeza inmediatamente, eso que nos habían transmitido durante años la gente que nunca había leído el *Quijote* y que había conseguido que casi nadie lo leyera. Quien de verdad lo ha leído sabe que eso no es así, y ellos lo iban a comprobar muy pronto. Antes de empezar a leerlo poco a poco en clase y mientras les daba



tiempo para que todos tuvieran “su” *Quijote*, primero debíamos conocer un poco al autor y luego la obra en general, para saber de qué iba, para que nadie se perdiera y desde el primer momento supiéramos por dónde ir. Además les pedí que como única tarea para el día siguiente debían traer un resumen de lo que ese día explicara en clase sobre Cervantes y el *Quijote*.

Empecé hablándoles un poco de Cervantes. Todos sabían que era el autor, pero casi ninguno sabía nada de su vida: se la relaté haciendo especial hincapié en los episodios que iban a influir especialmente en la creación de la obra: su trabajo como recaudador de impuestos que le permitió viajar por los caminos de España, lo que le iba a permitir escribir el *Quijote* con dos personajes que van por los caminos hablando y contándose historias pero también encontrándose a gente de todas clases con las que les pasan algunas cosas o que a su vez les cuentan nuevas historias. Nadie



Alicia María Uceda

que no hubiera pateado los caminos como lo hizo Cervantes podía saber dibujar tan bien personajes y situaciones como las que aparecen en su obra. Y les hablé también de las envidias que le denunciaron y le llevaron a la cárcel. Y de su vida de soldado y la batalla de Lepanto en la que le dejaron la mano izquierda inútil y de ahí el apodo por el que se le conocía “el manco de Lepanto”. Y por supuesto de su larguísimo cautiverio en Argel donde tuvo tanto tiempo para pensar lo que había sido su vida e imaginar cómo haría su novela. No pude negar ni quise ocultar mi profunda admiración por él, ni dejar de comentarles lo que pensaba: que era un genio que por lo mucho que vivió y sufrió conocía hasta el último resquicio del alma humana y todo eso lo reflejó en su obra. También les hablé de su vocación de poeta y de lo sabio que fue al aceptar sus limitaciones y confesar que Dios no le había dado las dotes necesarias para ello. Y cómo entonces se dedicó a escribir esas novelas cortas a imagen de

las que llegaban de Italia por boca de sus compañeros soldados venidos de Nápoles y que él llamó “Novelas ejemplares”. Y por fin cómo una de esas novelas cortas empezó siendo la historia de un señor que se vuelve loco por leer libros de caballerías y creció y creció tanto que se le escapó de las manos, tomó vida propia y se hizo más larga y más intensa hasta convertirse en la primera novela moderna y la más importante y famosa de todos los tiempos: *Don Quijote de la Mancha*.

Trabajando con la línea del tiempo y jugando con una simple resta dedujeron ellos mismos el año en que se había publicado la primera parte: si estábamos en el 2005 y se cumplen cuatrocientos años la respuesta era bien sencilla: 1605. De momento lo del centenario nos iba a ayudar a todos a no olvidar esa fecha. Y claro, siguiendo con la línea del tiempo situamos la fecha en el lugar correspondiente y dedujimos a qué siglo y período literario pertenecía. Los chicos seguían atendiendo y escuchando con interés, eso no estaba nada mal. Los resúmenes que hicieron de esa primera clase fueron realmente buenos: el camino estaba abierto.

Así que llegó el día y todos con nuestro *Quijote* en la mano nos dispusimos a empezar: yo la primera, había que dar el primer paso, sin miedo, con alegría. Y empezamos por donde menos esperaban: a todos se les rompieron los esquemas cuando les dije que el libro no empezaba realmente con la famosa frase “En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...” Así empezaba el capítulo primero, pero antes había un prólogo en el que Cervantes habla directamente a todo el que empieza a leer su obra, a nosotros mismos, Cervantes les hablaba personalmente a todos y cada uno de ellos con ese “*Desocupado lector...*” Y más asombro les causó la confesión del propio Cervantes afirmando que no era padre sino padrastro de Don Quijote, porque siguiendo un truco literario afirmaba que el verdadero autor era el historiador árabe Cide Hamete Benengeli que había contado la historia sin faltar un punto a la verdad. Y esa mañana casi de primavera, con aquella luz, leyendo en voz alta el prólogo mientras cada uno de ellos leía en su ejemplar, no pude dejar de emocionarme



ante esas personitas que inclinadas sobre sus libros accedían por primera vez, en aquel momento mágico, a un tesoro como ese.

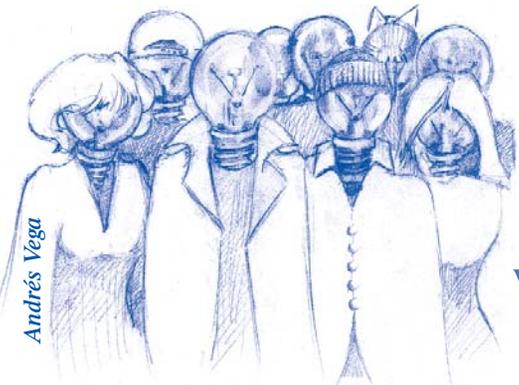
Empezamos a leer los capítulos en clase. En principio mi intención era leer los diez primeros y alguno más. Leímos los primeros en clase, en voz alta, por turnos y sobre la marcha se solucionaban dudas de palabras, de expresiones, de significados, de costumbres ya perdidas, y poco a poco fueron acostumbrándose al castellano que hay en el libro: el castellano del siglo XVII. Y sobre todo, fuimos conociendo al personaje, su locura, su cercanía como persona, lo extraño de su figura y su comportamiento, la reacción de los personajes que lo encuentran, lo poco que han cambiado ciertas reacciones humanas. Poco a poco dejamos de leerlo en clase para que ellos fueran haciéndolo en casa. De cada capítulo yo les hacía una pequeña introducción adelantándoles “algo” de lo que fuera a pasar y dejando una pequeña intriga que les invitara a leerlo con interés. Ellos traían cada día sus resúmenes, incompletos en algunos casos, porque no habían entendido algu-

na parte del capítulo, eso se comentaba entre todos en clase y ellos mismos se solucionaban las dudas unos a otros y completaban lo que a cada uno les faltara. Fueron descubriendo cómo hay risa en el *Quijote*, cómo son de humanos los personajes y las reacciones y se rieron a carcajadas con los apuros de Sancho en el episodio de los batanes, con el lío que se forma en la venta con Maritornes, con el episodio de los molinos, con la forma de hablar del vizcaíno. Lo que empezó siendo una modesta intención de leer algunos de los capítulos más famosos de la primera parte, siguió creciendo y aún no ha terminado. Mis alumnos siguen leyendo el *Quijote* y la cosa va tan bien que ya vamos a empezar con la selección de capítulos de la segunda parte.

Para terminar diré que esta experiencia maravillosa sigue su curso, algo que merecería la pena recoger en una especie de “Diario de un Centenario”. Hemos tenido la suerte de poder hacer una excursión a El Toboso hace muy poquitos días. Hemos recorrido sus calles, hemos visitado el Museo cervantino, la casa de Dulcinea, el Museo de humor gráfico de Dulcinea, la iglesia con la que podrían haberse encontrado don Quijote y Sancho y, por último, visitamos los molinos de Campo de Criptana, no sólo para comprobar el tamaño y la impresión que producen, sino para inmortalizar el momento en unas fotos simpáticas y divertidas. Y humildemente espero que con el paso de los años esas fotos les hagan recordar lo que leímos y aprendimos, lo bien que lo pasamos ese año en compañía de don Quijote en el aula. Lo que aprenderemos siempre con don Quijote en nuestra vida. Vale.

Julia Morillo es profesora de Lengua Castellana y Literatura.

Aránzazu Oteo



Andrés Vega

JÓVENES POETAS EN UN CROASÁN:

VIVIR LA POESÍA EN CROACIA

Nuestra hada cibernética ha viajado en esta ocasión hasta Croacia, desde donde Kristina Abramovic nos ha permitido conocer la frescura y belleza de las creaciones de muy jóvenes croatas.

Le gusta decir a Beatriz Villacañas que la sombra de nuestro membrillo es muy luminosa y, a lo mejor, hay que empezar a creérselo. Pero no tanto por la revista en sí, sino porque todos los que oyen hablar de ella son tan generosos y se vuelcan tanto con esta iniciativa que la llenan de su luz y nos inundan a los que participamos en ella de su calor y de su resplandor.

Esa calidez proviene en ocasiones de los sitios más insospechados, lo que nos llena aun más de alegría y de satisfacción al ver que nuestro humilde pero entusiasta proyecto llega más lejos de lo que cabía suponer; en esta ocasión, la luz nos llega de Croacia y nuestra corresponsal allí, mi amiga Kristina Abramovic, ha sido la artífice de que un grupo de estudiantes y de profesores se hayan embarcado en la tarea de pensar en nuestra revista y regalarnos sus poemas.

Los autores de los poemas son alumnos de entre 11 y 14 años del colegio Mato Lovrak, en la ciudad de Nova Gradiska. En este centro la creación poética se promueve, sobre todo, en la asignatura de Lengua y los profesores, aunque no recojan los poemas de los alumnos en una revista, sí les animan a que participen en el concurso que anualmente celebran. Muchos de estos poemas pasan después a competir en certámenes regionales o nacionales y, de hecho, algunos de los poemas que leeremos a continuación (en concreto *La Nube* y *Primavera*) apa-

recen recogidos en un libro que, al igual que nuestro *Un Año de Sombra*, recopila los que han participado en ERATO 2004, la edición del año pasado de uno de los citados concursos. *Libertad* también ha sido publicado en un libro que reúne los poemas que resultaron ganadores en una reunión de “pequeños poetas” que se celebró en Nova Gradinska en noviembre de 2004. Otros, sin embargo, tienen como tema su región (Eslavonia) o su país porque se elaboraron ex profeso para un encuentro entre jóvenes poetas procedentes de distintas regiones de Croacia. Sea cual sea su temática, todos recogen sus sentimientos y sus inquietudes, por lo que no es de extrañar que también hayan acaparado la admiración y los elogios de los escritores y poetas croatas que se muestran tan entusiastas con la obra de los chicos como nuestros desinteresados colaboradores lo hacen con la nuestra. De hecho, los estudiantes croatas parecen muy familiarizados con la obra de los poetas croatas contemporáneos porque son muchos los que se prestan a participar en todas estas reuniones y concursos en los que se “derrama” tanta frescura, talento y creación.

Los poemas están escritos originalmente en croata, aunque Kristina ha tenido la gentileza de traducirlos al inglés para que, a su vez, se traduzcan al castellano y podamos así disfrutar de la obra de unos jóvenes que, a pesar de la distancia geográfica, están muy cerca de nuestro corazón.